

do lejano y sobrenatural. Camina despacio al lado de una mujer esbelta, bellísima, que va dejando tras de sí en la brisa fragante de los campos en flor una estela impalpable de pureza. Detrás, como custodiándolos, un hombre joven, de apostura noble y franca de trabajador. Su alma entera parece que la lleva prendida de los pasos que dan aquel dulce niño y aquella bellísima mujer.

Vienen de la Sinagoga y se dirigen hacia su modesto albergue en las afueras de Nazareth, que es morada y taller al mismo tiempo. Siguen caminando lentamente; de pronto el grito dulcísimo empapado de angustia; —«¡Madre!»—, vuelve a gemir el niño. Y la brisa perfumada le agita la cabellera blanca como un incendio de oro. La madre entonces, la mujer esbelta y bellísima, lo atrae hacia sí con un gesto de ternura indecible...

Y siguen caminando en la calma enigmática de la tarde que muere.

III

¡Gólgota!.. ¡Calvario!.. ¡Tierra judaica, hosca, pelada, lugar de justicia y de oprobio! Día sagrado de los ázimos... Al filo de la hora sexta, mientras el sol declina, todo el Calvario está lleno de desolación. Desde Jerusalén, mirando a Occidente, la montaña fatídica parece un deforme cráneo, lívido y espectral, entre una pesada bruma de vapores cárdenos, sangrientos.

Bajo el cielo absoluto e impenetrable como un sudario de bronce, el Justo agoniza levantado en su cruz. En una divina embriaguez de amor doloroso hacia el linaje proscrito de Adán, el dulce Rabbí galileo de los ojos garzos, inmensos, va consumando «el supremo sacrificio de eterna redención» lentamente, refinadamente; gustando uno a uno todos los matices sutiles que, en infinita gama, el sufrimiento humano encierra... Porque es el Cordero del sagrado Libro, Sacrificador y Víctima a un tiempo mismo.

A sus costados, debatiéndose locos con alaridos de fiera torturada, dos malhechores en sendas cruces de suplicio blasfeman y maldicen. Uno de ellos ha escuchado una extraña palabra que es perdón y promesa... Ya no blasfema... Lloro, padece y «sueña» en silencio.

Cristo, el divino Rabbí crucificado, pasea en torno sus ojos garzos, inmensos. Y oye sarcasmos; contempla defecciones, olvidos, cobardías, ingratitudes lacerantes... Mientras, la congoja física crece hasta el paroxismo en el pecho del Mártir. Un rictus comatoso le asfixia. La fiebre devoradora le va clavando en la garganta sus garras de sed. Las arterias, que llevan por el cuerpo la dulzura de la vida, se vuelven dogales que enloquecen... Y luego, la angustia intolerable del vacío; vacío arriba, odio en la tierra; abandono indecible; horroroso vacío, total, cósmico, que va entenebreciendo su alma de hombre... Y la mirada de sus ojos garzos, inmensos, al clavarse en el cielo lo encuentra indiferente, yerto, lejano... «¡Padre!.. ¿Por qué me has abandonado?»...

El divino Rabbí crucificado vuelve a mirar en torno a su cruz... Y la mirada de sus ojos garzos, inmensos, se ilumina con un fulgor de consuelo. Está allí, firme, serena, a su lado, junto a la cruz, esbelta y bellísima como nunca, porque es mujer nimbada de la solemne majestad de la Madre que sufre y ungida de la gracia celeste de la Virgen que ama... Junto a Ella, el único amigo, Juan, el discípulo, que es ya maestro de amor y de lealtad.

Y de la Cruz descenden, como cálido rocío fecundo, estas palabras, sublime testamento del Rabbí:—«¡Mujer, he ahí a tu hijo!»... «¡He ahí a tu Madre!».

Y la Virgen, la Madre del divino Rabbí de Galilea, atrae a sí a Juan, y llora entonces sobre su noble pecho.

ELOY SORIANO. Pbro.



LA NOCHE

La noche se puso su florón de plata

y arrullada con el beso del silencio,

durmió en la nada de las tinieblas,

y voló en sus aires la brisa rizada

de los sueños.

BENITO LOPEZ-MATEOS SANCHEZ